

# EL ANGEL y YO

Roberto Zavala Ruiz

Facultad de Ciencias  
Políticas y Sociales

A Ma. de la Luz Rueda A.

Estoy solo... envidiablemente solo... Frente a mí, una fuente sin chiste: grotesca mole de piedra con figuras serpentinas a los lados; un ángel en medio, un pez en su mano. Tres hilos de agua sucia salen del pez y se estrellan a los pies del ángel, en la superficie verdosa que le sirve de base.

El ruido monótono del agua que se estrella, se mezcla con mis ideas, con mis recuerdos de hace un instante: Voy corriendo a través de las calles, tropezando con la gente y provocando más de una vez el ruido ensordecedor de un claxon. *Llegaré tarde si no me apresuro.* Después de andar durante diez minutos, he llegado a la plaza gigantesca que sirve de centro a la ciudad. Un hombre uniformado a dos tonos se divierte a su manera: alza los brazos hacia los lados haciendo que las palmas queden verticales, gira el cuerpo un cuarto de círculo, pita fuertemente y los autos se detienen. *Apenas me queda el tiempo suficiente para llegar a mi trabajo.* Cruzo la calle, camino; me detengo junto a las rejas de catedral; contemplo la fachada y escucho a mis espaldas el rudo acento de un yanqui que se entretiene balanceando entre sus manos la cámara mientras pronuncia ante su esposa el *beautiful* de rigor al contemplar el vejestorio hundido a medias.

No puedo resistir la tentación de entrar. Avanzo unos pasos y ya estoy dentro. Al pasar la puerta, me pareció escuchar mil carcajadas... pero no, no hay un alma en todo el templo. El lugar es oscuro, como la boca cuando está cerrada. Poco a poco se va aclarando el interior a mis ojos. Ya, ya puedo ver mejor: a uno y otro lado, bancas de color oscuro formadas en hileras. Trato de mirar más lejos... bancas... más bancas. Al final, el piso se quiebra formando escalones.

Después de un instante, me adelanto hasta la cuarta fila de las bancas negras y me hinco; hago una serie de movimientos mecánicos: *una cruz sobre el frente*, una más sobre la boca y la tercera sobre el pecho; rezo...

Empiezan mis visiones.

Un sacerdote limpísimo, oloroso a loción, con su sotana en las manos alzada hasta la cintura, cruza el altar. Su rostro gesticula produciendo sensaciones de asco, a la vez que sus pies se posan con cautela en el piso, como si caminara entre fango y buscara piedras en qué apoyarse.

La imagen se borra. Aparece otra.

Un campesino postrado de hinojos ante el altar; el pecho desnudo, con surcos de sudor entre la piel mugrienta, se estremece a cada instante. Por la puerta lateral que da al altar, se dibuja una silueta que crece: un sacerdote de rostro noble, casi infantil, que sirve de marco a una sonrisa toda bondad y ternura, se acerca con paso firme y se planta frente al indio,

sacándolo de sus rezos. Una cara marchita y renegrada por el sol, se alza hasta encontrar la mirada del cura, entre escrutadora y curiosa, que al observarle se torna hipócrita. Dos manos llenas de mugre, recias, callosas y ensangrentadas, buscan las del cura, blancas, suaves y perfumadas. La mirada del sacerdote se ha vuelto despreciativa. Un bofetón abre los lívidos labios del indígena, ya de por sí reseco y agrietado por el hambre y por la sed.

Mi cabeza gira, se eleva, desciende bruscamente dibujando una espiral y vuelve a subir y a girar, esta vez con una velocidad de vértigo que casi la hace estallar en mil pedazos. Las débiles luces de los cirios del altar se acercan a mi rostro; siento su calor aumentado diez, cien, mil veces...

La calma vuelve. Abro los ojos y torno a mirar: el sacerdote tiene el cuerpo cubierto de sangre y la cabeza deshecha por golpes brutales. El campesino ya no siente hambre; después de lanzar un grito ensordecedor, se dirige al altar con los ojos desorbitados, toma los cirios y los lanza lejos, lo más lejos que sus fuerzas le permiten...; después, con el rostro desfigurado, clava las uñas en el oro de la pared... No logra nada. Acerca el rostro, abre la boca y se aferra con ella al ornamento de la iglesia, sin conseguir rayar siquiera el oro puro. Mas no le importa; un hilillo de sangre se escapa de los labios; pero él sigue en su empeño sangrando cada vez más y sin lograr hacer migajas de oro.

Nuevamente se nublan mis ojos. Todo da vueltas. Me siento desfallecer y me abandono al giro.

La escena última es doble: al lado izquierdo, un sacerdote en misa de bodas; del lado derecho, una pareja haciendo el amor.

Sacudo la cabeza para borrar la imagen, pero no se va.

La misa está llegando a su fin; la pareja también. El Ave María se pasa de un lado a otro de la escena: está haciendo marco al abandono de dos seres entregados al placer sexual.

Vuelvo a sacudir violentamente la cabeza de un lado a otro; tiro de mis cabellos sin dejar de sacudir la cabeza, pero todo es en vano; la imagen se hace más clara: el apóstol ha cambiado su lugar al lado derecho. Se ve de pronto ante la desnudez de aquella criatura enajenada y sedienta de amor. Horrorizado, salta de la cama y se postra de hinojos implorando perdón divino y comprensión humana, ¡humana!

¡Carcajadas!... ¡carcajadas!... ¡carcajadas!

Un hombre desnudo en el lado izquierdo termina la boda. La gente se acerca y le besa la mano.

El sacerdote sigue pidiendo, con las manos al cielo, perdón de Dios y comprensión del hombre...

Las risas aumentan de volumen y sus ecos se hacen uno con los del Ave María.

Ya no puedo más. Salgo corriendo sin saber a dónde; pasan calles y calles. Siento estallar mis pulmones, pero mi carrera se ha separado de mi voluntad y no deja que me pare. Mientras corro, en mi mente se suceden una a una las escenas: un sacerdote entre fango, un campesino que muere junto a las paredes de oro, dominado por el hambre; un apóstol en su tinta y con el rostro destrozado; otro más, haciendo el amor bajo las notas del Ave María.

¡Carcajadas! ¡Ave María! ¡Carcajadas!

Exhausto, a punto de volverme loco, contemplo la fuente, la mole de piedra que sigue con su ángel estúpido clavado allí. Mis manos temblorosas, destrozadas, sangrientas, agitan el aire... y el ángel dorado, con su sonrisa dorada, sarcástica, se burla de la sangre que corre por su rostro sin lograr borrar el oro de su boca, de sus ojos, de su sonrisa dorada, de sus facciones doradas, de su mirar dorado con tintes rojizos...

¡Ave María! ¡Ave María! ¡Ave María!...